

EL MAESTRO IBARRA



*Homenaje que la Casa Gans, al
celebrar sus Bodas de oro, dedica
al gran impresor Joaquín Ibarra*



El texto de este libro-homenaje ha sido redactado por
M. R. Blanco-Belmonte y sus inseparables compañeros
R. de Córdoba y M. White. Las ilustraciones son
reproducciones tomadas de libros existentes en
la Biblioteca Nacional de Madrid. La tirada
fué ejecutada en la Imprenta particular
de la Fundación Tipográfica
RICHARD GANS
MADRID

Este ejemplar está registrado

con el núm. 6282



EL MAESTRO IBARRA

I. LA MAÑANA



A villa y corte de las Españas no sobresale por excesivamente madrugadora, pero tampoco debe merecer vejamen de ser perezosa. Cuando las siete campanadas mañaneras cantan en las torres parroquiales no hay collación con edificio sin las puertas de par en par. A esa hora sale del templo de San Sebastián un feligrés y se detiene un momento en el atrio, para distribuir unos cobres entre ciegos, tullidos y oógenarios que ganguean deprecaciones humildes. Esquiva las gratitudes plañideras de los mendicantes, y, a paso largo, se encamina hacia la calle de la Gorguera. Exactamente lo mismo, invariablemente lo mismo, hace los demás días del año, desde aquél en que la Iglesia Católica conmemora la Circuncisión del Señor hasta el de la fiesta del Santo prelado Silvestre.

Diariamente asiste a la misa de seis, y también diariamente pasa después a saludar al señor Rector y Cura propio de la parroquia. Siempre hay algo que tratar acerca de mejoras y aumentos en el culto de la Cofradía Sacramental, y luego no faltan cambios de noticias y comentarios acerca de los sucesos de actualidad.

En la plazuela y por las vecinas calles surge el griterío de la venta ambulante, y sobre el pregón largo de los foncarraleros: «¡Tomates coloraos... patatas gallegaas... judías como la sedaa!...», e imponiéndose

al reiterado anuncio de «¡a chavo y a cuarto, calentitos! ¡Calentitos, a chavo y a cuarto!», se alza imperativo y dominador el berrido que anuncia incansablemente «¡leche! ¡leche! ¡leche!».

Avanza por la calle de la Gorguera el feligrés piadoso y limosnero. El vientecillo matinal abullona y ondula la suelta capa de tafetán atortolado, la entreabre y deja ver el indumento: chupa, chaleco y calzón, todo de color gris acero, con los complementos de medias de seda, zapatos de hebillas argentadas y sombrero de tres picos.

— Santos y buenos días, Don Joaquín — dice atentamente un lonjista desde la puerta de su tienda, donde expende jabón, almidón, velas de sebo y «otros comestibles».

— Santos y buenos sean, Don Simón — contesta Don Joaquín, inclinando la cabeza, en correspondencia al saludo.

Y entra en la casa señalada con el número 22. Pasa del zaguán a una espaciosa sala-taller, que tiene por fondo ancho patio claustrado, llégase a un aposento, con puerta al taller y al patio y reja a la calle; cuelga en la escarpia capa, sombrero y espadín, envuélvese en larga y holgada blusa gris plomo, toma asiento en frailer sillón, ante una mesa llena de legajos y papeles, y bate palmas.

A la llamada acude una moza portando, en salvilla recubierta por blanco lienzo, el cazuelo de sopas con huevos y torreznillos, un vaso de vino tinto espeso y media docena de albaricoques.

— ¿Regresó mi dueña de la compra? — preguntó Don Joaquín.

— Al toque de las siete ya estaba en casa, con Pilara, que la acompañó.



GRABADOR



EL FUNDIDOR

Mientras el amo despacha el almuerzo — que almuerzo y no desayuno se le llamaba entonces — la moza perfecciona con un paño la limpieza ya hecha en el aposento; quita máculas y polvos a los tejuelos de los libros alineados en dos anaqueles, pule los vidrios y entreabre las hojas de la ventana y luego de recoger la salvilla, hace reverencia y se despide:

— Quede con Dios y téngame vuesa merced a su mandar.

Don Joaquín saca unos pliegos impresos sin cortar y principia a examinarlos prolijamente,

en todos los sentidos, por el anverso, en la cara correspondiente a la primera tirada y con mayor detenimiento aún por la de la retiración; rectifica en el plegado una deficiencia mínima pero muy bastante para afeo y aparente menoscabo de simetría en la anchura marginal.

— Santos y buenos días, señor Maestro — se oye decir en el taller.

— ¡Buenos días te de Dios, Sigüenza! — contesta el Maestro, y añade: — No más tarde que hoy mismo hemos de dar prisa a los fundidores; necesitamos renovar la Atanasia y la Parangona... Si Gil no puede servirnos por sus muchos compromisos o si Espinosa remolonea, acudiremos a Pradell o a Merlo, y hay que recomendarles que vean los tipos que se han obtenido con las matrices cedidas por la Real Biblioteca.

— Se hará como manda vuestra merced, señor Maestro — afirma Sigüenza, mientras inspecciona la sala de compositores.

Un zumbido de colmena va pasando de la calle al taller; sobre ruido de pasos, murmullo de charlas y arrastre de banquillos, vibran clarines de risas infantiles. En lo hondo chirrían, quejumbrosas las prensas. Dentro

del cajón de caoba del péndulo el martichuelo golpea hasta ocho veces, arrancando un tintineo de esquila ganaderil. Y se abre un gran silencio. Ha comenzado la oración del trabajo cotidiano de cien hombres, con más una docena de muchachos.

Sigüenza y Pedro Rodríguez revisitan al personal. No falta nadie. El mes de junio es muy distinto del de enero, tocante a enfermería y a rezagamientos por apego a las sábanas.

Transcurrido un cuarto de hora, nunca antes, el Maestro deja su despacho y recorre los talleres. Bondadoso, afable, su saludo es la sonrisa, como respuesta a las inclinaciones de cabeza de los operarios.

La sala de composición tipográfica está festonada de chivaletes provistos de cajas, dividida en toda su longitud por una hilera de capuchinas. Chivaletes, comodines y almacenes de tipos se prolongan por las galerías del patio. Rótulos puestos en cajas y almacenes dicen los cuerpos de letras allí guardados, con sus correspondientes cursivas: *Atanasia, del Breviario, Entredos, Glosilla, Lectura gorda, Lectura chica, Parangona, Peticano, del texto...* Algunos marbetes llevan, para mayor aclaración, un apellido: el del que grabó las matrices y fundió el tipo.

No se altera el ritmo del trabajo por la presencia fiscalizadora del Maestro. Todos han aprendido, a fuerza de oírsele repetir, el *¡Festina lenta!* Todos saben lo que es apresurarse despacio, y están penetrados de que hay que anteponer la calidad a la cantidad; ni el Maestro contrata a destajo ni tolera a los manotas y chapuceros. Su casa no se conformó con ser obrador de menestrales y artesanos; se ha levantado a escuela y vivar de artistas, y la gloria de llamarse discípulo de Don Joaquín vale por una jefatura en los talleres de la Imprenta Real y en los de Sancha, buenos en ley, pero inferiores al del Maestro, que es más que mejor: el primero en España, en las Indias, y acaso en el mundo...

Despaciosamente pasa Don Joaquín ante los cajistas que trabajan en las galerías del patio; allí, en la rotulación de las cajas, aparece una advertencia: Real Biblioteca.

Un aprendigón deposita papeles y anchas tiras de papel, húmedo aún, en la mesa ante la cual aparecen sentados frente a frente dos hombres

de edad proveêta, ambos con antiparras. Uno de ellos lee en voz alta lo que dicen las tiras de papel, y el otro escucha e interrumpe, cuando las palabras del lector discrepan del texto de los papeles con que el oyente efectúa el cotejo; entonces, el lector moja la pluma de ave en el tintero, y hace tachaduras y garrapatea al margen de lo impreso en las bandas de papel húmedo.

Al cruzar ante la mesa del corrector y del atendedor, llegan a oídos del Maestro estas palabras: « una hermosura incomparable, tal que Cardenio dijo al Cura, con voz baja: Esta ya que no es Luscinda, no es persona humana, sino divina... »

Sonríe Don Joaquín, siente el orgullo de que su oficina sea eco, resonancia y perpetuación estampada de los conceptos del Manco sano y famoso todo. Avanza en la visita y largamente quédase contemplando el funcionamiento de las quince prensas, acomodadas en dos grandes aposentos que primitivamente fueron cocheras y caballerizas y que ahora son los más decorosos y mejor cuidados de la casa.

Pedro Rodríguez, el celador de prensas, invita al Maestro a comprobar, en el departamento donde se elabora, la excelencia de la tinta acabada de fabricar. Pero en el mismo instante en que atraviesa el patio el Maestro y el jefe de prensistas, llega Sigüenza:

— Maestro, el representante de los molinos de Cataluña aguarda a vuestra merced.

Las últimas palabras de Juan José de Sigüenza, regente de la oficina, se extinguen bajo un chaparrón de voces reñidoras, agriamente reñidoras, que cae al patio desde las ventanas del piso principal.

Núblasele el semblante a Don Joaquín; entristecido se aparta de Rodríguez y sigue a Sigüenza.

Ya, en su despacho, cambia el saludo con el visitante; abre el arca, saca dos taleguillas de lienzo y efectúa el recuento de su áureo contenido:

— Trescientas resmas de papel marquilla, en 4.º, ajustada cada una al precio de sesenta reales, montan diez y ocho mil reales de vellón. Prevenidos estaban y aquí entrego a vuesa merced trescientos doblones sencillos de a sesenta reales de vellón. Deme el recibo y quedo en paz.

—Gusto da tratar con hombres como vuesa merced, que son esclavos de la palabra, pagan a toca teja y dan realce con el primor de su arte al papel que emplean en su oficina. Así piensan y me mandan decirlo mis señores los dueños de los molinos y fábricas que proveen a éste honrado establecimiento. Y se me alcanza que pretenden hacer una fabricación especial que lleve el nombre de Don Joaquín de Ibarra—manifiesta el representante.

—Obligado quedo a la fineza—declara el Maestro, despidiendo al visitante,— pero por ahora daréme por contento y bien servido con que se esmeren al acondicionarme los envíos. Son demasiadas las manos costeras que pierdo en cada remesa.

—Orden tengo de reponerlas a entera costa de los remitentes, y ahora con licencia de vuestra merced, quedando siempre a su mandar, me retiro.

Sale el Maestro y acompaña hasta el zaguán al agente de los fabricantes papcleros.

Vuélvese y hace alto ante un escaño, donde aguardan una anciana y dos muchachos.

Los tres pónense de pie y corresponden a la inclinación de cabeza con que el Maestro los saluda.

—Vengan conmigo y hablaremos— les dice, y los guía hasta su despacho.

Les hace tomar asiento, los contempla con mirada fija y exclama:

—Desde ahora advierto que sólo hay hueco en la oficina para un aprendiz. Y lo advierto porque veo que son dos los aspirantes.

—Perdóneme vuesa merced, mi señor Don Joaquín—se apresura a exclamar la anciana, que semeja un pergamino envuelto en bayetas negras.— Para que en ésta casa aprenda y se haga hombre de provecho, traigo sólo a mi nieto aquí presente. A responder por él, tocante a familia y buenas costumbres, se ha ofrecido Don Francisco de Goya, por la mucha amistad con que nos favorece...

—¿Y por tí quién sale fiador?—pregunta el Maestro, atajando la relación de la viejecita y encarándose con el otro aspirante.



LA CONJURACION
DE CATILINA
POR
CAYO SALUSTIO CRISPO.



*ESTA cosa es que los hombres , que de-
sean aventajarse a los demás vivien-
tes , procuren con el mayor empeño
no pasar la vida en silencio como las
bestias , a quienes naturaleza criò in-
clinadas a la tierra y siervas de su vientre. Nues-
tro vigor y facultades consisten todas en el animo y
el cuerpo : de este usamos mas para el servicio , de
aquel nos valemos para el mando : en lo uno somos
iguales a los Dioses , en lo otro a los brutos. Por*

C. SALLUSTII CRISPI
CATILINA.



*OMNIS homines , qui sese stu-
dent præstare ceteris ani-
malibus , summa ope niti
debet , ne vitam silentio transeant,*

*veluti pecora ; quæ natura prona,
atque ventri obedientia finxit. Sed
nostra omnis vis in animo et cor-
poris servitio magis utimur. alte-
rum nobis cum Dis , alterum cum
belluis commune est. Quo mihi rec-*

A

Puesto de pie, con respeto pero sin cortedad, el muchachote responde:

— Si soy aceptado, vendrá mi madre a tratar con vuesa merced, señor Maestro; vendrá y traerá cartas que hablen por mí; padre no tengo y mi madre trabaja día y noche para ganar su pan y el pan de cinco hijos, yo el mayor; y si por dicha mía fuese aquí admitido, mi proceder será mi mejor recomendante...

Don Joaquín mira de hito en hito al muchacho; luego ofrece a los aspirantes dos hojas de papel barbado y dos plumas, les hace aproximarse a la mesa y les ordena que escriban las palabras que va a dictarles.

Toma unas tiras impresas, que aún tienen húmeda la tinta, y lee entonadamente. — *Con esto conocieron que el que parecía labrador, era mujer, y delicada, y aun la más hermosa que hasta entonces los ojos de los dos habían visto, y aun los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido a Luscinda...*

Pausa. Dejan de rasgurar las plumas. Don Joaquín alza de la mesa un papel — el recibo dado poco antes por el agente y cobrador de los molinos de Cataluña y dice:

— Apuntad y ved cómo sacáis esta cuenta: hemos comprado trescientas resmas de papel, al precio de sesenta reales cada una... ¿Cuánto tenemos que pagar, así que nos entreguen a toda satisfacción el pedido?

Los muchachotes se miran y miran al techo; uno hace y detiene a tiempo el ademán de rascarse la cabeza; otro, con gesto asustado, deja asomar entre los labios la puntita de la lengua. Al fin, con un resoplido de satisfacción, plumean, comprueban y balbucen:

— ¡Ya está!

El Maestro se encara con el aspirante que tiene por fiador a Don Francisco de Goya y le demanda:

— ¿Sabes el genitivo, singular, de *quidque*?

Palidece el chaval, reflexiona y dice tímidamente:

— *Cujusque...*

Vuélvese Don Joaquín hacia el otro rapazuelo, hacia el que ofrecía su conducta por valedora de su persona, y le interroga:

— ¿El dativo de *quidque*?

— *Cuique* — contesta el examinado, y añade: — sé ayudar a misa y



FABRICANTE DE PAPEL, SEGÚN UN GRABADO DEL SIGLO XVIII

puedo rezar en latín casi todas las oraciones; pero me falta aprender mucho de conjugación...

—Apuntad ahora en el papel vuestros nombres y apellidos, y las señas de las casas en que vivís, y entregadme esas hojas, que yo vea cómo andáis de ortografía y de cuentas.

Pausa. Los muchachos entregan las hojas en que garrapatearon; da el Maestro un vistazo a los escritos, llama a Sigüenza, que acude presuroso:

—Desde mañana, bajo tu dirección, comenzarán a aprender el oficio Francisco Román y Miguel Carmona: sólo necesitábamos un muchacho, pero admitiremos a éstos dos mocitos, y ya veremos, cuando se apliquen y aprovechen, cuál de ellos queda en compositor y cuál pasa a las prensas con Rodríguez. Para entonces ya se habrán puesto de acuerdo—sonríe benignamente, mientras los chavales se arrebolan primero de satisfacción y luego avergonzados—y Carmona cederá de buenas ganas a su compañero una haçe que sobra a *bera* para que Ramón acuda a la necesidad de una *ermosa*, que no tendrá la debida hermosura sin esa haçe...



OFICINA DE IMPRENTA, EN LA ÉPOCA DE IBARRA, SIGLO XVIII

Sigüenza llévase a los muchachos a la oficina para hacerles las admoniciones y advertencias de rúbrica; la anciana se despide gozosa y agradecida, renovando la promesa de visita o carta de Don Francisco, y, cuando Don Joaquín torna a abstraerse en la minuciosa lectura de pruebas, siéntese interrumpido por un leve contacto de calor húmedo en la diestra y por unas palabras susurradas fervorosamente, tras del beso en la mano:

—Dios se lo pague a vuesa merced, señor Maestro...

Y Miguelillo Carmona sale de estampía, asustado de su propia audacia; al verse en la calle, brinca de gozo.

Por la entreabierta ventana, con acentos de himno triunfal, llega este grito infantil:

—¡Ya soy aprendiz en la oficina del señor maestro Ibarra!

Vuelve a reinar el silencio; avanza la mañana y el sol sube en el horizonte... Precedido por Sigüenza, que le abre la puerta del despacho, lo anuncia y se inclina respetuosamente cediéndole el paso, entra un caballero.

— Guarde Dios al príncipe de nuestros impresores — dice afable, pero tímidamente, el que llega.

De pie, con afecto y extremada consideración acoge el Maestro al juvenil cliente.

— Norabuena venga a honrar mi casa el que ya desde mozo añade gloria a la gloria del apellido que su padre dióle.

Cohibido, sacúdense el casaquín el caballero y queda silencioso un rato. Al cabo habla, con algún esfuerzo, demostrando no ser amigo de prodigar palabras.

— Aquí están revisadas las segundas pruebas — dice — y ceda todo elogio ante el hecho de que no he encontrado en ellas nada corregible; no hay errata alguna, y, en cuanto a rectificar de mi cosecha, no he sido osado a poner coma ni punto, por debido acatamiento a la autoridad de cosa juzgada.

Pone en la mesa un rollo de papeles en folio que en junto forman veintidós páginas, con más una hoja preliminar. La portada reza así: LA TOMA DE GRANADA POR LOS REYES CATÓLICOS DON FERNANDO Y DOÑA ISABEL. — *Romance endecasílabo, publicado por la Real Academia Española, por ser entre todos los presentados el que más se acerca al que ganó el premio.* — *Su autor, Don Efrén Lardnáz y Morante (Don Leandro F. de Moratín).*

— Grande honra — afirma Ibarra — es merecer el Accésit en un Concurso de nuestra más alta Corporación literaria, cuando el autor galardonado aún no ha cumplido veinte años de edad.

— Como honra grande la estimo, y me agranda el contento ver que mis endecasílabos salen en letra de molde de la casa del Maestro, que ello asegura la perfección y nitidez de lo dado a la estampa.

Don Joaquín, que conoce a D. Leandro, sabe el valor del elogio, y lo agradece.

— Del aprendizaje de orífice y platero pasó mi señor Don Leandro a oficial y maestro de orfebres y filigraneros del idioma castellano. Quien lo hereda no lo hurta, y de gusto me será dar parabienes a mi admirado señor Don Nicolás. No hay quien no sepa de corrido las inmejorables quintillas de su *Fiesta de toros*.

Y el Maestro, como obedeciendo a la sugestión del recuerdo, recitó a media voz:

« Madrid, castillo famoso,
que al rey moro alivia el miedo,
arde en fiestas en su coso
por ser el natal dichoso
de Alimenón de Toledo... »

—Y siendo muy verdad lo que de mi padre dice vuestra merced —observa, con dejos de amargura, Don Leandro Fernández de Moratín,— es lo cierto que nuestra Real Academia insiste en poner sobre los poetas contemporáneos al desmayado rimador Don José María Vaca de Guzmán y Manrique. Púsole sobre mi padre en el Certamen abierto para cantar *Las naves de Cortés destruídas*, y pónelo sobre mí en el concurso celebratorio de la *Rendición de Granada*. Mucha mano tiene en la Academia el exrector del Colegio Manriqueño de Alcalá, y ahora ministro del Crimen en la Real Audiencia de Cataluña. Lo que sobra en desgarbo y ripios, falta en inspiración a su obra de romancero...

Del cajón de caoba del péndulo salen los sonidos de once golpes descargados por el martichuelo.

Al apagarse la última campanada entra la moza. En la salvilla, revestida de blanco lienzo, trae lonchas de jamón, rebanadas de pan, un frasco de vino dorado y vasos. Deja todo ello en la mesa y se marcha, mirando a hurtadillas al caballero. No es un Adonis el mancebo, a menos que entre las prendas corporales del señor Adonis figurasen nariz larga y abultada, boca grande y de gruesos labios y barbilla prominente. Pero allí están, ennobleciendo el semblante, los ojos, de expresión entristecida, y la frente ancha y de mucho despejo.

Don Leandro toma de buena gana el pisco con el Maestro. El jamón proviene de la sierra alpujarreña y el oloroso vino llegó de los lagares montillanos.

Como todos los taciturnos, Don Leandro, cuando rompe a hablar, aventaja a los más elocuentes; y, como todos los tímidos, cuando está en visita no se atreve a darla por terminada.

Expone Don Leandro el deseo de estudiar despacio todas las obras

maestras de impresión que Ibarra recibe del extranjero, y que no hurta al examen de los aficionados, bien que ni tiene biblioteca ni nunca ha querido ejercitarse en artes de mercader de novedades extranjeras.

Accede gustosamente Ibarra a la pretensión, y luego tuerce el departamento hacia la famosa tertulia de la fonda de San Sebastián, famosa por los méritos de los literatos que allí se reúnen y por el único estatuto de aquellas juntas, que sólo permite hablar de amores, versos, toros y teatros.

—Por ahora únicamente se habla de teatros, y aunque el respeto a los calificados contertulios me reduce al papel de oyente, propóngome decir — acaso lo deje por escrito en alguna comedia que en el magín me bulle, — al tanto de las obras que hoy se aplauden en escena: Ahí no hay más que un hacinamiento de especies, una acción informe, lances inverosímiles, episodios inconexos, caracteres mal expresados o mal escogidos; en vez de artificio, embrollo; en vez de situaciones cómicas, mamarrachadas de linterna mágica. No hay conocimiento de historia ni de costumbres, no hay objeto, no hay lenguaje, ni estilo, ni versificación, ni gusto, ni sentido común (1).

Don Leandro aprovecha las manifestaciones de asenso del Maestro a sus palabras, y con unos apretones de manos se escabulle.

Al salir de la oficina, lluévenle en la calle los toques de campanarios parroquiales y conventuales, anunciadores del mediodía.

Y a este mismo tiempo llegan nuevamente a oídos de Ibarra ecos de aguda y displicente porfía en el piso principal.

Adolorido y descompuesto el semblante, déjase caer en el sillón Don Joaquín y queda allí cabizbajo.

No oye entrar a sus oficiales Sigüenza y Rodríguez, que, sin atreverse a turbar aquel recogimiento, permanecen suspensos y atriñados.

Retumba en el taller de composición un golpe, acaso de un galerín que cayó sobre la tarima.

Sale de su ensimismamiento el Maestro, con más palidez en las mejillas, con más brillo en las pupilas acalenturadas.

(1) De *La comedia nueva o el café*, por Don Leandro F. de Moratín.

Recibe de manos de Rodríguez una taza y hace pasar su contenido, gota a gota primero y luego a chorrito, hasta un vaso de vidrio; examina al trasluz el líquido espeso, toma una gota entre el pulgar y el índice y se cerciora de la densidad y finura de la tinta. Finalmente dice a Rodríguez:

— Bien está, saca una prueba y a tu arbitrio dejo el añadir un puntito de azul, en la proporción que consideres necesaria.

Pedro Rodríguez torna al laboratorio de tintas.

Ibarra entrega a Sigüenza las pruebas devueltas por « el hijo de Don Nicolás » — que todavía la fuerte personalidad del padre gallardea sobre la de Don Leandro. Antes de entregarlas, traza una rúbrica en la portada y añade una cifra. La rúbrica vale por la orden para dar principio a la estampación y el número corresponde al de la prensa en que se efectuará la tirada.

De los talleres llegan rumores que son avisos de la suspensión del trabajo, cesa el chirrido gemebundo de las prensas y hay ecos y resonancias de pisadas fuertes, de órdenes y advertencias, de arrastre de banquillos. El zumbido de colmena, al salir de la oficina, se transforma en ruidosa expansión de júbilo; vibran los clarines de las risas infantiles. Los operarios no recatan la alegría física que experimentan ante la proximidad del disfrute de la comida.

Pedro Rodríguez sale de los últimos; arrinconados en las galerías del patio quédanse dos veteranos oficiales y tres aprendices. Tienen sus viviendas demasiado lejos de la oficina y han obtenido licencia para consumir allí los manjares que cotidianamente llevan prevenidos en fiambreras o cestillos.

Con gran diligencia, los aprendices dan un riego y un barrido a los talleres. En cambio saben que recibirán abundante participación de las viandas que se sirvan en la mesa del Maestro.

Cuando Sigüenza, que indefectiblemente es el primero en entrar al trabajo y el último en dar de mano, se llega a despedirse de Don Joaquín y a pedirle órdenes para el trabajo de preferencia en la tarde, se encuentra gustosamente sorprendido con esta invitación.

— ¿Quieres quedarte y acompañarme a comer, Juan José?

EL MAESTRO IBARRA

II. LA TARDE



GUSTOSA y no breve es la comida; más gustosa y muy más prolongada resulta la sobremesa.

Sigüenza ama y venera al Maestro, y el Maestro manifiesta a Juan José cariño paternal, le tiene en estima de insustituible colaborador, y lo mira como discípulo dilecto, sintiendo la complacencia del creador en su obra.

Mientras despachaban la sopa, reforzada con menudillos de ave, Don Joaquín ha tomado una aceitunilla negra, picuda, procedente de campos aragoneses; basta y sobra para evocar recuerdos de la infancia lejana, recuerdos vagos de la escuela donde le enseñaron poco más que a leer, escribir y contar; recuerdos enternecidos del hogar paterno, sito en la collación de Santa María Magdalena, de Zaragoza; recuerdos del aprendizaje de la caja, en un modesto taller... Sobre todas las memorias de su niñez, flota en el espíritu de Ibarra la imagen del Ebro, la lección del gran río, fecundador de tierras, que corre incesantemente, creciendo, engrosando su caudal, hasta llegar al término de su curso con tales engrandecimientos que es difícil discernir si el mar se adentra en el río para rendirle tributo o el río se hace mar, para llevar el consuelo de su dulzura a las salobres aguas.

Muchaño—declara el Maestro—he de confesar que mi sueño fué semejar mi vida a la del río que riega mi terruño.

—Bien ha logrado vuestra merced realizar ese sueño—dice Sigüenza.

Entra la moza con el cocido, adornado con uña de vaca, jamón, rojos embutidos y buena porción de gallina.

Juan José come de todo con envidiable apetito; Don Joaquín sólo prueba unos bocados, con desgano; mástica despacio y toma sorbos de tintillo criado en las bodegas del Jalón.

—No hay hombre sin hombre—manifiesta el Maestro. Poco o nada fuera yo si no hubiese contado con mi inolvidable tío Manuel, que Dios tenga en gloria. Era mi tío regente de la Imprenta Pontificia y Real de la Universidad de Cervera. Moceaba yo cuando Manuel Ibarra me llevó a su lado, no con ánimo egoísta de que le aliviase de tarea, sino para facilitarme estudios en aquel magnífico Colegio y para completar y perfeccionar en aquella imprenta modelo mis no muy extensos conocimientos en el arte de trabajar con las letras de molde. Y aunque en la Universidad aprendí lo que sé de gramática, latín y alguna otra disciplina, a la Imprenta de Cervera, mejor dicho a su regente, debo la consideración en que soy tenido como impresor. Limpio, pulcro, correcto, incesantemente afanoso por lograr sobre lo bueno lo mejor, así era mi tío. Hablen por él las obras que salieron de aquella oficina desde 1735.

Pausa. Don Joaquín trincha hábilmente una pierna de cordero; sirve a Sigüenza cumplida ración; resérvase un trozo pequeño, coloca varias tajadas en un plato y lo envía—acompañado de otro plato lleno de cerezas—a los aprendices que retozan en el patio.

—Mi tío se adelantó a los maestros franceses—continúa diciendo Ibarra.—Hasta hace cuatro años no ha existido unidad de medida para la composición en la imprenta. Ahora han descubierto Didot y Fournier el *punto* y el *cíbero*; pero antes, mucho antes, Manuel Ibarra tomaba y me enseñó a tomar todas las medidas del ancho de la plana a *emes* justas de Parangona (1) para calcular su altura, teniendo así siempre base fija.

Hay dejos de orgullo en la voz de Don Joaquín al puntualizar las dotes de su pariente.

—Sobriedad, sencillez, buen gusto y regularidad en el espaciado y

(1) Cuerpo equivalente al 18 que se emplea actualmente.

regleteado, armonía elegante entre la caja total de las páginas y la amplitud de márgenes, acierto en la elección de tipos... ¡No hay más secretos en lo atañadero a composición!

Asiente Juan José y añade Ibarra:

—Tan seguro estoy de que me entiendes, que a veces creo que me adivinas los pensamientos. Lo digo porque siendo buen prensista Rodríguez, y mereciendo confianza para todo, te veo discretamente ayudarle a comprobar el entintado de los moldes. No estás obligado a ello, pero sabes que sin buen entintado no hay impresión buena...

Llega la moza y levanta el mantel. Vuelven a sonar voces agrias, disputando en el piso principal, y de nuevo se ensombrece el rostro del Maestro.

Tras ancha pausa, cuando se aplacan los gritos de la porfía familiar, habla Don Joaquín:

—Quiero aconsejarme de ti, porque me consta tu adhesión a la casa y porque conozco el mucho cariño que me tienes. Me han propuesto, con grandes ventajas, que venda esta oficina.

—¿Está en ello vuestra merced?—pregunta Sigüenza, con voz que se quiebra al temblar.

—No; aunque contra mi opinión se alce la de algunos de mis allegados inmediatos.

—¡Fuera gran lástima que se pusiese en trance de posible deshacimiento esta imprenta, llamada a perpetuar el nombre de su fundador!

—También me han convidado a asociarme con otro taller de buena fama, y tengo oferta de colocación bien pagada como regente de imprenta importante. Y he contestado negativamente.

El Maestro señala hacia un cartapacio.

—Ahí están el inventario de cuanto existe en la oficina, los resúmenes de ingresos y gastos, la nota de créditos pendientes, y con ello los apuntes del proyecto que concebí para que la Imprenta, al desaparecer yo, permaneciera con mi nombre, sostenida por una compañía o comunidad de condueños y partícipes; condueños por partes iguales, mis hijos Joaquín, Joaquina y Manolita; condueña, en la parte legal que le correspondiera

por gananciales y por mi disposición testamentaria, mi segunda esposa, la madre de Manolita; y partícipes en las ganancias, a más de los emolumentos de vuestros cargos, seríais tú, quedando por regente, y Pedro Rodríguez por segundo a tus órdenes... ¿Qué inconvenientes encuentras a este plan?

— Encuentro los inconvenientes que no pueden ocultarse a vuestra merced, a pesar de su mucha generosidad. Condueños y partícipes no vendríamos nunca a términos de satisfactorio acuerdo, tocante a dirección y a empleo de ganancias; quien se interesa por el árbol cuida del buen abono y de la prudente poda; quien sólo atiende al lucro, escatima el gasto y da al tronco por el pie...

— Tus poderes dirigentes serían absolutos, que sin el mando total en una mano no hay barco que arribe a puerto. Pero el toque está... — apágase la voz del Maestro — está en que Joaquín y Joaquina no se entienden entre sí, ni menos con su hermana Manolita, ni muchísimo menos con su madrastra, aun siendo como es excelente señora, — dejo a salvo su genio — Doña Manuela Contera... Al siguiente día de mi óbito, temo que esta casa sea campo de Agramante y puñado de sal lanzado al agua...

La pesadumbre enmudece a Don Joaquín y el respeto amordaza a Juan José de Sigüenza.

La estancia es toda silencio.

— Si no me ilumina Dios, inspirándome mejor arreglo, dejaré dispuesto que, en caso de venta, se te reconozca derecho preferente de comprador, con amplias facilidades de plazos para el pago... El dinero que pueda faltarte, lo adelantarían de buen grado los fabricantes de papel.

— Y ellos se alzarían con el santo y la limosna, sin contar con que la preferencia para la compra puede anularse por mil modos, entre otros el de ir consumiendo nombre, crédito, existencias y calidad de mano de obra, hasta el punto de ruina...

— Pues hasta donde la vida me alcance, y no será mucho según lo prematuramente quebrantado que me siento, me aplicaré a discurrir soluciones, con la esperanza de que mi obra me sobreviva.



M. S. Mailla inc.

E. S. Carmona inc.

- LA GUERRA DE YUGURTA -
FACSIMIL DE UNA PÁGINA DE - LA CONJURACIÓN DE CATILINA -, POR GAYO SALUSTIO CRISPO
IBARRA. MADRID 1772

—No esperanza, seguridad doy a vuestra merced de que sus obras le sobrevivirán, para eterno renombre.

—Mis obras, sí; pero mi mayor obra, ésta oficina donde he puesto las luces de mi espíritu y las energías de mi voluntad, quedará expuesta al capriño de intemperancias, al choque de encontrados caracteres...

Suspira el Maestro, abre un abultado cartapacio y se apresta a llenar la tarde de trabajo; que el trabajo, su amigo fiel y compañero inseparable desde la infancia, aun siendo preocupación le sirve de recreo, y también de fuente en que bebe paz momentánea y olvido confortador.

Como por la mañana, hay un trasiego de zumbidos de la calle al taller. El enjambre vuelve a la colmena. Sigüenza y Rodríguez asisten a la entrada del personal. Pasado que sea un cuarto de hora, Don Joaquín recorrerá los departamentos en sentido inverso a como los recorrió en la visita matinal. Ahora irá primeramente al laboratorio de tintas y al almacén de papel; a continuación se detendrá en la sala de encuadernación y en el puesto de los correctores; inspeccionará luego la sección de ajuste e imposición de formas; se interesará por el funcionamiento de cada prensa, y finalmente pasará por las galerías ante los chibaletes y rematará la vuelta a su despacho atravesando entre la hilera de capuchinas que divide longitudinalmente el salón de compositores.

Y así un día y otro, y un año y más años; y siempre así, sin cansancio visible, sin desmayo aparente, con la fe en el propio esfuerzo y con la convicción inquebrantable de que el ejemplo, por pequeño que sea, es ejemplo.

Mientras los madrileños terminan de dormir la siesta, Don Joaquín retoca y comprueba el presupuesto para la sexta impresión de la ORTOGRAFÍA DE LA LENGUA CASTELLANA, compuesta por la Real Academia Española. Salvo error u omisión el presupuesto asciende...

Por la quinta impresión pagó la Real Academia exactamente la cantidad de 8.742 reales. El libro, en 8.º, constaba de seis hojas preliminares y de xx-254 páginas, con nueve planchas de diversas clases de escritura.

La sexta impresión allá se irá en número de páginas con la anterior. Pero, entre una otra, han corrido cuatro años, y durante ellos han subido un poquito los jornales y otro poquito los precios del papel.

—Harélo así constar en nota explicativa, para que no sea tomado a codicia lo que es razón y verdad— resuelve el Maestro, mostrando el presupuesto a Sigüenza, que entra a anunciarle «las visitas de siempre».

—Que pasen, por orden de llegada—dice Ibarra,—y prevénles que sean breves, para ahorrarme que les imponga la brevedad.

Y con afable resignación va soportando el desgrane de cuentas del rosario de pedigüños: el cajista imposibilitado que aspira a una portería o al ejercicio de cualquier ocupación compatible con sus achaques; la real o supuesta viuda de un impresor, que vino a pleitear en la Corte, y, perdido el pleito, acude a los compañeros del difunto esposo para que le sufraguen los gastos del viaje de regreso a su provincia; el desaliñado estudiantón que busca quien al fiado le imprima unas coplas pronosticadoras de grandes sucesos, coplas que, al decir de su autor, han de venderse «como pan bendito»—que es precisamente el único pan que no se vende—; y, finalmente, nunca falta el pobre más o menos vergonzante que implora una caridad. Para todos tiene Ibarra palabras alentadoras y el socorro de unas monedas. En cambio se muestra inflexible en sus tratos y contratos con librereros y vendedores ambulantes de papeles impresos.

—Las cuentas claras y el chocolate espeso—afirma en redondo Don Joaquín, sin acceder a componendas, regateos ni moratorias.

Y cuando llegan a término las visitas de agresión al bolsillo, surgen las de los proveedores: de piel, para las *balas* entintadoras; de aceite y colores para las tintas; de cartón, cuero y pergamino para las encuadernaciones... Éstas son visitas relámpagos, limitadas a la estipulación de precio y a la recogida de la nota detallando la cantidad y calidad del pedido.

Sigüenza acude y anuncia a un personaje de calidad: el ilustrísimo señor Don Juan de Trigueros.

Ibarra se apresura a salir al encuentro del personaje, no tanto por admiración hacia las prendas literarias del erudito y neoclásico traductor del BRITÁNICO, de Racine, cuanto por la representación que lleva a la oficina.

—Sea bienvenido el señor secretario perpetuo de la Real Academia.

—Muy bien hallado sea mi caro amigo, el competente maestro Ibarra.

Toma asiento el que, de Revisor y Contador de la docta Corporación,

pasó a ocupar el cargo de Secretario al acaecer el fallecimiento de Don Francisco Antonio de Angulo.

Arrellánase en el sillón, tose, se acomoda los binóculos — llamados antiparras, por los mortales que no ocupan sitial académico,—saca un pliego de papel barbado y con voz campanuda lee así:

«Real Academia Española de la Lengua. En la Junta celebrada el día 1 del corriente mes de junio de 1779, a propuesta de su señor Director, la Corporación nombró por su impresor a Don Joaquín Ibarra, en atención a su notoria habilidad y a haber hecho hasta ahora, a satisfacción de la Academia, todas las impresiones que se le han encargado, y acordó se le despachase el título correspondiente».

Pausa. El Maestro, de pie, se inclina reverente agradeciendo la honra, que lo es y muy señalada.

Don Juan de Trigueros se esponja en el sillón y continúa diciendo:

— Aunque ya está expedido el título, con fecha 3 del actual, he querido adelantar a vuestra merced la satisfacción, con esta copia literal del acuerdo, que está conforme con el original del acta, según yo el Secretario certifico y autorizo con mi firma y rúbrica.

— A usía y a la Real Academia quedo obligado de por vida, más aún de lo que estaba, por los favores con que me honra. Ya soy de derecho, bien que lo fuese de hecho, impresor del alto Cuerpo que limpia, fija y da esplendor al idioma castellano. Para debida correspondencia a esta singular distinción prometo poner, más y más cada día, mis potencias y sentidos al servicio de las ediciones que esa doctísima Corporación me encomiende.

— Pues dígalo vuesa merced en esos mismos términos, al acusar recibo del título, un poco tardíamente concedido.

— Ponga usía algo más de un poco, y así acertará mejor; ésta mi imprenta tiénela por enteramente suya la Real Academia desde hace no menos de nueve años, en que reimprimí el tomo primero del DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA, llamado, por muchos, de «Autoridades»...

— ¿Y de entonces a esta fecha?...

— Hasta el presente llevo entregadas: dos ediciones de la GRAMÁTICA

DE LA LENGUA CASTELLANA, otras dos de la ORTOGRAFÍA; la ORACIÓN FÚNEBRE que Don José Vela dijo, por encargo de la Real Academia, en las exequias que ésta dedicó a su difunto Director, el señor Duque de Alba; el canto a LAS NAVES DE CORTÉS DESTRUÍDAS, escrito por el señor Vaca de Guzmán y premiado por la Academia... Y entre cajas y prensas tengo, a más de otros trabajos menores, la nueva edición, corregida por la Academia, de EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA...

—¡Felicísima memoria! ¿Lleva vuesa merced en la cabeza el índice de todas las obras que ha dado a la estampa?

—Imposible, sólo por milagro de Dios o por arte de Satán, podría mi cabeza retener los títulos de las obras que llevo compuestas y sacadas de molde; como que se acercan a dos mil; sobre todas ellas he de poner esta nueva edición del QUIXOTE, que fío ha de sacar ventaja, en excelencias de presentación, a la HISTORIA DE ESPAÑA, del P. Mariana, y al mismo SALUSTIO que imprimí a costa del Serenísimo Señor Infante Don Gabriel.

—Precisamente traigo mandato de que se apresure en cuanto posible sea la terminación del QUIXOTE... Ya, ya sabemos — advierte el señor de Trigueros — cómo vuesa merced profesa el principio de que el tiempo no perdona lo que se hace sin él; pero ha de considerarse que desde marzo de 1773 se ocupa la Academia en sacar esta edición y aún no está completo el tomo tercero ni muy adelantada la composición del cuarto y último...

—Usía reconocerá que no soy responsable de la tardanza...

—Ciertamente, no; pero, querido Maestro, como la Academia está propicia a gratificar a cuantos intervienen en esta obra, yo pido a vuesa merced que los estimule. Gran lástima fué que el iniciador de la publicación, y mi antecesor en la Secretaría, el señor de Angulo, se ausentase del mundo sin ver realizada su iniciativa; mayor lástima que también haya fallecido el primer ejecutor del proyecto, el meritísimo académico señor Don Vicente de los Ríos, autor de la «VIDA DE CERVANTES» y del «ANÁLISIS DEL QUIXOTE», que van al frente del tomo primero...

—En suma — ofrece Don Joaquín — por todo lo que queda de año daré terminado el tomo tercero, y en los comienzos del próximo entregaré las capillas finales del cuarto y último; adelantando desde ahora el

ruego de que no entretengan demasiado las pruebas los señores académicos encargados de corregirlas.

—De mi cuenta corre avivar el celo de mis dignos colegas los señores Silva, Lardizabal, Mateos Murillo y Guevara Vasconcelos.

Alzase del sillón, en actitud de despedida, el señor Don Juan de Trigueros; Ibarra reitera cortesmente su gratitud por el nombramiento, y la entrevista concluye con recíprocas expresiones de amistad, tan sobrias las del Maestro como alquitaradas y profusas en fililés y arrequives retóricos las del solemne Secretario de la Corporación fundada a propuesta del Marqués de Villena, con el calor de la protección del Señor Rey Filipo V.

Llamados por Don Joaquín comparecen Rodríguez y Sigüenza, que se congratulan y regocijan, como de cosa muy propia, del nombramiento otorgado al Maestro.

Rodríguez se atreve a insinuar:

—Harto debido era el título a quien muy ganado lo tenía; fundadamente recelo que habrá indigestiones de envidia en nuestro honrado gremio; entren todos y salga el que pueda...

—A partir de hoy mismo — dispone Ibarra — y hasta que se admita más personal, velarán dos horas todos los operarios adscritos a la composición e impresión de los últimos tomos del QUIXOTE. Prevénganse los candilones y faroles, y según costumbre, dése de cenar, a mis expensas, a cuantos hagan velada.

Quédase solo el Maestro. En la mesa, a la vista, tiene los apuntes del presupuesto para la impresión de la ORTOGRAFÍA y la copia del acuerdo nombrándolo impresor de la Academia. Siéntese satisfecho. No es vanidoso, pero le agrada ver reconocida «su notoria habilidad». Comenzó el oficio por afición, y lo ha seguido por vocación cordial. Está satisfecho; pero a empañarle el contento llega la preocupación de que su labor no tendrá el continuador natural que deseó como padre. Tan hondamente se sume en sus reflexiones, que ni ve ni oye.

Una carroza se ha detenido ante la casa número 22 de la calle de la Gorguera, y seguidamente se ha alejado. El taller, como en brusca y total paralización de movimientos, ha enmudecido. Suavemente se abre la puerta

del despacho y en el hueco, como en un marco, queda encajada la fina y elegante figura de un caballero vestido con sedas, terciopelos y encajes; en la mano sujeta el sombrero de picos, que se quitó al entrar en el taller; el rostro, *inconfundible, lo conocen todos los españoles, como augusto troquel* de la moneda circulante.

Con voz dulcemente cantarina pregunta el prócer:

—¿Querrá darme un pocillo de chocolate mi impresor de Cámara y Ayuda de mi Real Furriera?...

Y sin tiempo para doblar la rodilla ni para acudir a besarle la mano, el maestro Ibarra siente oprimida afectuosamente su diestra por la diestra de la Sacra y Católica Majestad de Don Carlos III.

—¡Señor!— exclama, y trata de despojarse de la blusa.

—Así estás bien, Maestro; así aparece en las láminas el maestro Juan de Maguncia.

Antes de tomar asiento, el Rey pasa revista a los libros alineados en un anaquel. Proceden de los talleres extranjeros más renombrados. El Monarca conoce bien esas obras y sabe apreciar su valía tipográfica, que no en vano aprendió y practicó el noble arte— cuando era Infante de España— en la minúscula imprenta que para ese efecto se instaló en Palacio, bajo la dirección de Antonio Marín, el impresor de mayor prestigio en aquella época.

Sin fatuidad, con sencillez, designa los nombres de los impresores:

—Abraham, Juan y Daniel Elzevir, de Leyden; Francisco Ambrosio y Pedro Didot, y Enrique y Roberto Estienne, de Francia; Plantín, de Amberes; Baskerville, de Londres...

Siéntase y dice:

—Esos libros pueden ofrecerte motivos de admiración, pero no te enseñarán nada que no sepas; en cambio, de ti deben aprender todos. Es gracia y es habilidad ese arte con que borras en los pliegos las huellas de la estampación. ¿Cómo diste en ello?

— Señor, de la manera más sencilla del mundo; al recibir las primeras láminas de la nueva y aún no concluida edición del QUIXOTE, noté por la vista, y hasta por el tacto, la profunda huella que dejó el tórculo al

efectuar la estampación, huella naturalmente producida por los bordes de la plancha de cobre, al sufrir la enorme presión que requiere el grabado en hueco, para quedar debidamente estampado. Ello era feo, aunque venía aceptándose como inevitable. Por puro afán de enmienda, y sin propósito de inventar cosa alguna, tomé una espátula de madera y me apliqué a quitar, por el reverso de lo estampado, las prominencias que dejaron los bordes de la plancha. A los pocos instantes el papel mostróseme del todo alisado y hasta con tersura sedeña. Ello y repetir la operación fué casi tan breve de ejecutar como de referir, y ello y efectuar la quita de arrugas y el lustrado, pasando nuevamente por el tórculo los pliegos impresos, fué uno y lo mismo.

— Gran belleza y perfección has conseguido, y es modestia no ufarte de ello; sin perjudicar a los grabadores has beneficiado la producción de la imprenta. Para bien sea, maestro Ibarra. Y, ahora, guíame a dar una vuelta por tu oficina.

— A las órdenes de Vuesa Magestad estoy siempre, y agradezco más la honra por lo mismo que mi pobre casa no es digna de una visita regia.

Al comparecer S. M. el Rey en el taller de composición, suspenden los cajistas su faena y se inclinan reverentemente.

El Monarca extiende la mano y ordena:

— Continúen todos en sus tareas, salvo que el Maestro venga en mandar otra cosa.

Al lado de Ibarra, y seguido por Sigüenza, el Soberano ve componer a los tipógrafos y se detiene ante las cajas en que, con los tipos procedentes de los punzones de la Biblioteca Real, se confecciona la edición de la novela de Cervantes.

— No he olvidado el manejo del componedor — afirma el Monarca — y si un día de éstos puedo permitirme una escapatoria, holgaréme viniendo a componer en persona una página de ese glorioso libro. Ello y más merece la memoria del creador del gran hidalgo manchego.

En la sala de prensas, el Rey se interesa por el trabajo y pide a Pedro Rodríguez explicaciones del perfeccionamiento que ha inventado.

— Señor, se trata de una pequeñez — declara humildemente el celador

de los prensistas. — No merece pasar por invento el añadido de esta pieza, que yo llamo *cajón*, y que sujeta y regula los movimientos del husillo, forzándolo a bajar y subir perpendicularmente...

— Con lo cual has evitado el remosqueo y has economizado mucho perdido... Norabuena, muchacho.

Más adelante, en el taller de encuadernación, asiste al alisado y plegado de las hojas impresas, y se ejercita diestramente en alisar una de ellas, hasta darle verdadera tersura sedeña.

De vuelta en el despacho, hállase la Católica Majestad ante la merienda, servida en finísima porcelana *chinesca* y en tallado cristal. Desparcidos en el lienzo hay claveles y rosas.

Por mandato regio, el Maestro comparte la merienda con su augusto huésped: chocolate, con hojaldres, bizcochos y bollos de Jesús; almíbar de acerolas y panal o esponjado de color de rosa en el vaso de agua. Ni más ni menos acostumbra a tomar el Rey en su Alcázar.

— De alegría me sirve notar los aumentos y adelantos de tu oficina, desde mi última visita.

— Ingratos y necios fuéramos los impresores si no aprovechásemos las exenciones, privilegios y beneficios que la munificencia de Vuestra Majestad nos viene otorgando, a partir de la fecha de la anulación del privilegio que disfrutaba Plantin de Amberes, para la exclusiva estampación de libros litúrgicos...

— Justicia fué, y así lo testimonia el *BREVIARIUM GOTHICUM* que salió de tus prensas cuatro años há, y que aún no ha sido superado por los maestros de Amberes y Leyden, — dice el Soberano.

— Señor — tiemblan de emoción las palabras del Maestro, — quisiera yo que mis libros fuesen lenguas pregoneras de la grandeza de vuestro reinado; consuélame que, lo que ellos no digan, lo dicen ya los puentes, calzadas, canales de riego, colegios, arsenales, lonjas de contratación, colonias agrícolas y otras infinitas mejoras con que enriquece Vuestra Majestad a nuestra amada España...

— Por amor a ella te perdono las lisonjas, — dice el Rey, y se despide del Maestro.

En la puerta aguarda la carroza, y al pie de ella está un magnate: puestos en dos filas todos los operarios forman calle para rendir saludo al Monarca hasta el mismo umbral del taller. En el zaguán, como de guardia, aparecen Sigüenza y Rodríguez, y a la portezuela de la carroza, junto al magnate que ayuda a subir al Soberano, sólo llega el maestro Ibarra.

Un mozo de prensas, rudo y charlatán, osa murmurar:

— Pintábame yo, en mi magín, a su Real Majestad, con manto, corona y cetro. Agora me encuentro con que tiene cara de onza pelucona.

— Creías que el Rey de España era un rey de baraja — observa burlescamente un corrector — y ni siquiera caes en la cuenta de que son las monedas las que copian mejor o peor la cfigie del Monarca.

La sorpresa y el respeto detienen la carcajada del mozo refunfuñador:

— ¡Anda, pues si es verdad! El que no sabe, es como el que no ve.

El sol muriente abrillanta el remate de la torre del templo parroquial de San Sebastián; la torre se destaca por obscuro sobre el fondo rojo del firmamento crepuscular.

La regia carroza se ha alejado rápida y discretamente, como llegó; como es voluntad del señor Rey, que rehuye exhibiciones y gusta de satisfacer sus sentimientos con recato de intimidad.

Los vecinos de la calle de la Gorguera se enteran de la calidad de la visita cuando ya es ido el visitante.

En el taller, sobre los haces de luz vespéral, flota como un polvillo áureo que da nimbo a la austera figura del Maestro. Verdaderamente se asemeja a Juan de Maguncia, tal cual las estampas muestran al inventor de la imprenta.

— El magnate que venía de servicio — dice Sigüenza a Don Joaquín — me ha dado por mandato del Soberano estas monedas de oro, para que todo el personal se regale con una merienda campestre.

— Hágase así, y ello sea el primer día festivo de los que vengan — puntualiza el Maestro.

Y a los vítores de un aprendicillo, tan descarado como agradecido, cien voces alborozadas contestan:

— ¡Viva el señor Rey! ¡Viva el maestro Ibarra!

EL MAESTRO IBARRA

III. LA NOCHE



EN torno de la mesa, dentro del círculo formado por la luz que arroja la lámpara de aceite, el Maestro y su familia se congregan para cenar. Ligeros y no muy numerosos son los manjares, que empiezan en una ensaladilla de judías verdes con tomate y acaban en el queso y la miel, sin otro intermedio que el de una tortilla aderezada con tajaditas de escabeche. El médico suele decir que «más matan las cenas, que curó Avicenas», y la gente menos docta afirma: «de cenas, están las sepulturas llenas.»

Con parquedad de frase, pero sin omitir pormenor de interés ni detalle importante, el Maestro informa a la familia de los dos grandes acontecimientos del día: la concesión del título de impresor de la Real Academia Española de la Lengua y la visita del Rey Don Carlos a los talleres.

A la esposa y a los hijos les complace, sin muchos extremos de alegría, la primera noticia; la esperaban, como se espera el pago de una deuda.

En cambio aparentan sorpresa respecto a la visita regia, aunque todos se enteraron de ello a tiempo para ver disimuladamente el paso del Soberano por el patio y para asistir, tras las celosías de los huecos de fachada, a la salida del Monarca. Además, Doña Manuela, Joaquina y Manolita manipularon en la preparación de la merienda, y no merecerían pertenecer al bello sexo si no hubiesen inquirido en el acto la condición del personaje para el cual se requerían excepcionalmente las mejores piezas del chinero y las salvillas de plata.

Natural es el prurito por conocer exactamente las palabras de elogio y de afecto pronunciadas por Su Majestad, y es natural que Doña Manuela exprese esperanzas, y también deseos, de favor regio en beneficio de la casa y de la familia.

El Maestro tuerce el gesto y troncha las esperanzas refunfuñando:

—Lo que se puede ganar, no se pide; lo que no se sabe ganar, no debe pedirse.

—¿Ni siquiera una bandolera de la Guardia Real, para un hijo capaz de llevarla? ¿Ni siquiera un oficio en Palacio, cuando hay hijas que pueden medrar y lucir al servicio de la Reina?

Dándose por directamente aludidos, Joaquín y Joaquina se hispan en actitud de gallitos peleadores. Manolita baja la cabeza.

—Ni eso, ni nada— declara rotundamente el padre.

El primogénito corrobora:

—Con licencia de vuestra merced, señor padre, he de decir mi entera conformidad con no formular peticiones, y aclararé que la bandolera, dotada con el prest de diez reales diarios, más tiene de penitencia que de prebenda.

Joaquina, desabridamente, añade:

—Séame permitido dar por cierto que a mi madre, que esté en la santa gloria, no se le hubiera ocurrido jamás pretender para una hija plaza de moza al servicio de nadie, ni de Reina ni de Emperatriz.

—¡Buena substancia da el orgullo en el puchero!— replica Doña Manuela.

—¡Basta ya de dimes y diretes!— ordena Don Joaquín.— Pido y mando que ceséis en porfías y disputas. Hora es de que os acojáis al descanso. ¡Buenas noches!

Doña Manuela se muerde los labios, muy contrariada.

Joaquín, Joaquina y Manolita besan la mano del padre, y éste abandona el comedor. Los peldaños de la escalera gimen sintiendo las fuertes pisadas del Maestro.

Terminó la velada en los talleres; se fueron los operarios y los aposentos se olean, con puertas y ventanas de par en par.

Guiado por la luz del farolillo que arde ante la estampa de la Santa Virgen del Pilar, Don Joaquín se encamina a su despacho, enciende la lámpara y se acoge al refugio del trabajo.

En la mesa le aguardan galeradas de segunda corrección, pruebas de páginas ajustadas, capillas, borradores de presupuestos... Ibarra, que no es trasnochador, se aplica obstinadamente a la tarea, con terqueza de ensañamiento doloroso.

Por la entreabierta ventana entra una saeta. La voz de la ronda de la Real Hermandad de María Santísima de la Esperanza — llamada por el vulgo del *Pecado mortal*, — mueve de su asiento a Ibarra, que llama a uno de los hermanos y le entrega la limosna, que va a parar a la reglamentaria bolsa de cuero.

Relampaguean por la calle las linternas de los *Pecados mortales*.

Desde la esquina lanza el sereno, después del Ave María Purísima, el anuncio de que son las once.

Don Joaquín prosigue tozudamente su labor. De cuando en cuando se detiene y medita. Luego reanuda la revisión y el ordenamiento de papeles.

Robusto, vigoroso, poco más que cincuentón, se le advierte el quebranto, físico o moral, en la desmayada inclinación de los hombros, en la laxitud del pliegue de los labios y en el temblor de los rasgos que deja la pluma.

Ya no iguala el pensamiento con la vida, y se rinde a la tenaz preocupación que le inspira el mañana. Es un triunfador glorioso, y semeja un vencido incapaz de luchar.

Quédase meditabundo por largo espacio. Pasan las horas.

De pronto toma un pliego de papel de hilo, procedente de mano costera, a juzgar por las huellas que lo surcan; consulta unos apuntes, y traza, debajo del seguro de la cruz, estas palabras: «Borrador para modificar mi testamento». A ello se adiciona: «Póngase la profesión de fe católica y la expresión de las mandas acoñumbradas y forzosas».

Continúa escribiendo.

Silba prolongadamente una lechuza y rompe a cantar un gallo...

M. R. BLANCO-BELMONTE.